

DIOS ES "TRES VECES SANTO" (el Santo)

Ésta es la aclamación más importante de la Plegaria eucarística, conectando con la acción de gracias ofrecida en el *Prefacio*. Toda la asamblea canta este himno de alabanza.

Podemos interpretarlo -en su triple proclamación de Dios como *santo*-, referido a la santidad de cada Persona de la santísima Trinidad: es válido hacerlo. Pero, sin adentrarnos en sesudas especulaciones y, por el contrario, en nuestra experiencia, no nos basta decirle una sola vez a Dios que es *santo* y, ni siquiera las tres que cantamos, pueden agotar -en el orden de la expresión- lo que Dios es:

- un Dios que ha creado todas las cosas
- un Dios que ejerce su soberanía sobre el universo entero
- un Dios que ha participado su gloria a cielos y tierra

El Dios en quien creemos es fecundo y expansivo, un Dios-comunión y santidad, un Dios cuya transparencia va lejos más allá de lo que podamos imaginar. Nuestro Dios no es la yuxtaposición y suma de las perfecciones que encontramos en la Creación, sino el Autor y Causa de dichas perfecciones, que llegan al *summum* en el hombre, pequeño mundo, síntesis de todo lo creado.

Dios en sí y Dios en mí...

Cantar las maravillas de Dios y su santidad, es lo mismo que cantar las maravillas de Dios *en su Hijo, Jesucristo*, y también *en cada uno de nosotros*, pues somos el Cuerpo del Señor.

El mundo nació bueno de las manos de Dios. Nosotros torcimos su proyecto y devaluamos a la Creación, sacándola de su vocación primera. Nos enemistamos con Dios y la Creación nos declaró la guerra... El mundo era "útil", nos servía, nos regalaba "servicios", éramos sus señores. Al querer ser como Dios, no lo respetamos ni aceptamos ser servidores de su plan: quisimos ser "dominadores". Nos volvimos ciegos y esa ceguera nos impidió ver en nosotros "su imagen y semejanza" y, en las cosas, "la huella" del Creador. Nos declaramos necesitados de un injerto de ojos nuevos, para volver a ver, dejando atrás su oscuridad y cerrazón. Todo gritó, herido por nuestro pecado. Todo lloró, ante la tristeza de haber sido expulsados del paraíso, donde Dios era familiar nuestro.

En ese momento, comenzó la gestación del hombre nuevo. Esa gestación tuvo un fin. Tuvo también un nombre, Jesús, nuevo Adán. La gloria de Dios iluminó las tinieblas del hombre, esclavo de sí mismo, perseguidor de sí mismo, enemigo de sí mismo...

Ahora, los cielos y la tierra, "llenos de la gloria de Dios", vuelven a cantar, felices ante la nueva creación.

¿Qué cantan los cielos y la tierra...?

iBendito el que viene en el nombre del Señor! iHosanna en el cielo!

Se logró la reconciliación y "decimos buenas cosas" del Mesías, alabando su presencia restauradora. Ahora podemos contarle al mundo que el hombre-nuevo

es más bello que el hombre-viejo, y todo porque Dios es bello, bellas son sus obras y hermoso su perdón, donde Él se muestra poderoso.

Para recordarnos nuestra vocación, esa voz que pudiera sonar lejana, nos es pronunciada, día a día, por un Dios-prójimo que nos habla no sólo al oído sino al corazón y a la inteligencia, como quien quiere susurrarnos una intimidad.

Cuando Jesús ingresó -triunfante- a Jerusalén, fue recibido por el pueblo con estas alabanzas: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*

Poco más tarde, otros hombres y mujeres del mismo pueblo, acallarían el canto y nacería el grito: *¡Crucifícalo... Crucifícalo!*

El bendito por excelencia, se convierte en maldito.

El que sufre y muere en la cruz, inaugura -por su sangre- el canto de alabanza, himno donde aflora la incondicional confianza al Padre.

Nosotros, cuando en este momento de la Misa cantamos el *Santo*, adoramos a Dios en su santidad. Le estamos dando gracias por ser El-que-es y porque hace-lo-que-hace...

Le pedimos ser perfectos como Él lo es y porque Él lo es.

Nos preparamos para ver, en el rostro humano de Cristo, *el rostro de Dios*.

Si nuestra imaginación lograra vislumbrara la santidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... ¡moriríamos!

Ahora entendemos por qué los hijos del Pueblo elegido afirmaban que era imposible ver a Dios y no morir ante esa visión. Por eso, ante ciertas visiones experimentadas, los hijos de Israel se postraban, rostro en tierra, para no morir ante la gloria de Dios.

Algún día estaremos cara-a-cara ante Dios, pero no para morir, sino para vivir. Seremos plenificados por la santidad del Dios "tres veces santo", cuando formemos parte del grupo de los elegidos.

Por el momento, sólo podemos cantar... *Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...*, confiando en que -por puro regalo y gracia- participaremos de ese obsequio (*Fr Héctor Muñoz OP – Mendoza – Argentina*)